

VI.

MOISÉS.

¿Qué plañido se mezcla á la universal alegría de este pueblo? Cuando el címbalo y el salterio suenan; cuando los desiértos repiten el cántico universal de alegría, ¿cómo tú lloras?

ORIEL.

Mago, sacerdote, legislador, profeta; seas quien fueres, óyeme. Yo te he visto adormecer las serpientes, abrir los mares. ¿No podrás romper una serpiente que me muerde el corazón? ¿No podrás sacarme de un mar de lágrimas en que tristemente me ahogo?

MOISÉS.

Habla, cuéntame tu pena.

ORIEL.

¡Mi pena! Las estrellas se gastarian, profeta, antes, mucho antes de que yo hubiera acabado de contártela.

MOISÉS.

Habla, habla.

ORIEL.

Yo soy el trabajador. Yo he sembrado de flores los caminos; y los caminos sólo han guardado para mí espinas. Yo he levantado los templos, y los templos sólo han murmurado en mis oídos maldiciones. Yo he combatido en los grandes combates, y mientras las heridas han cubierto mi cuerpo, ni una hilacha del despojo ha llegado á mis manos. Yo llevo sobre mis espaldas el peso de todas las obras humanas que me abruma, y que sin embargo ni siquiera me prestan su consoladora sombra.

MOISÉS (*levantando los ojos al cielo.*)

Dios de Israel, es un esclavo.

ORIEL.

Soy un esclavo y á tu Dios se lo dices. Él ha sido guía y consolacion de esclavos. Ayer cociais los ladrillos para los palacios de Faraon, y hoy os enseñoreais del desierto. ¿No llegará hasta mí ese brazo que levanta los mares y que abate los tiranos?

MOISÉS.

Jamás; mi Dios solo es Dios de mi nacion. Su ley solo se revela á mi gente. Jehová es para Israel.

ORIEL.

¡Para Israel! Y yo creia al escuchar vuestros cánticos que habia creado hasta las pobres hormiguillas del campo, y que de ellas se cuidaba. Acabais de salir del cautiverio, ¿y tendreis cautivos? Acabais de salir de la esclavitud, ¿y tendreis esclavos?

MOISÉS.

Ley es universal de la tierra. Tendremos, sí,

tendremos esclavos. Los hijos de Israel no podrán ser redimidos por sus padres. Aquel que enagene su propia voluntad, la recobrará á los seis años, sea cualquiera el precio recibido por su venta. El hebreo no podrá ser tratado como bestia ni como vil mercancía, porque Dios le ha sacado de la tierra de Egipto y ha roto sus cadenas.

ORIEL.

¿Y el extranjero?

MOISÉS.

El extranjero será esclavo. Pero el esclavo sentirá bajo la mano de Dios aligerarse sus cadenas. Será concedido el reposo del sétimo dia y del sétimo año. No le dará su señor muerte.

ORIEL.

¡Muerte! Nombre benéfico que el esclavo debe pronunciar á cada instante. La muerte es su esposa. La tumba el fin de su cautiverio. ¡Ser esclavo y no morir! Profeta, sacerdote, legislador, quien quiera que seas, ¿tú sabes lo que significa

ser esclavo y no morir? Una cadena tan larga como el tiempo, un martirio tan duradero como la eternidad. El sueño y la muerte son los compañeros del esclavo. Me dices que dulcificará tu Dios su pena. La pena material es una espina que no pasa de la piel. Pero la profunda pena de no pertenecerse á sí mismo, esa vergüenza de haber nacido, ese horror á engendrar seres tan desgraciados como él, ¿quién, quién lo dulcificará? ¿Y vosotros sois el pueblo ayer cautivo en Egipto, hoy libre, y en pós de la tierra prometida?

MOISÉS.

Esclavo, ¿sabes tú quién nos ha redimido del cautiverio?

ORIEL.

¿Quién?

MOISÉS (*yéndose*).

Esclavo, la esperanza.

VII.

ORIEL.

Este pueblo no querrá extender su Dios á los extranjeros, ni dar el secreto de su propia redencion á nosotros los esclavos. Y caerá mil veces. Y en sus caidas se abrazará á los viejos ídolos. Y en estos abrazos de muerte echará de ménos hasta los dias de su cautiverio. Y los tiranos que le rodean lo esclavizarán mil veces. Un dia te crees mi señor, y ¡oh pueblo! otro dia serás mi compañero. Toda redencion que no es universal, no es redencion. ¿Qué diriais del sol si diera el dia sólo á ciertos pueblos privilegiados? ¿Y el Dios de Israel puede ser más pequeño que el sol encendido por su aliento y levantado por sus manos en la inmensidad de los espacios? Pueblo de Israel, serás castigado. Yo siento en mí algo que me dice que la justicia alboreará sobre la tierra, anhe-

losa de justicia. Pueblo de Israel, he bebido tu esperanza.

JAHEL.

Extranjero, enséñame el camino del Monte de Ephraim. Voy á ver á Débora, la profetisa de mi tribu, que vive bajo la palmera y pronuncia sentencias justas para mi pueblo. Voy á decirle que anuncie nuestra victoria. El tirano Sisára ha venido á la cabeza de novecientos carros todos chapados de hierro. Pero Jehová, que peleaba por nosotros, le ha dispersado, y sumergido sus carros, sus caballos, sus ginetes, en el torrente Cison, como en otro tiempo á los Faraones en las ondas del mar Rojo. Sisára, perseguido por nuestro general, vino á mi tienda y pidió agua. Yo abrí los odres donde tenia la leche recién ordenada, y dijele al enemigo de mi pueblo que bebiera sin temor y se reposara en largo sueño. Durmióse despues de la tranquilizadora bebida, encargándome que ocultara á todos su llegada. Yo velaba su sueño á la puerta de la tienda. Y al poco tiempo oíale roncar. Entonces me acordé con viveza de que mis hermanos son esclavos, y de que Dios habia derribado á Faraon en los ma-

res para libertar á su pueblo del cautiverio. Y cogiendo la estaca de mi tienda y el mazo, clavé-sela á golpes por las sienes dejándole exánime. No de otra suerte pelea el cazador con la fiera, y aplasta el viajero en el desierto la cabeza de la serpiente.

DÉBORA.

La victoria es nuestra. Dios está con nosotros. Cantemos al Señor que ha derribado nuestros tiranos, como el segador las rojas cañas de trigo. Suspended ¡oh astros! vuestro curso; abrid ¡oh pueblos! vuestro oido, que voy á entonar un cántico de victoria á mi Dios, al Dios de Israel. Cuando pasaste por Edom, tembló hasta en sus fundamentos la tierra, condensáronse como grandes montañas las nubes, y las montañas saltaron como nubes; el cielo se derritió en mares sobre los campos, y las estrellas corrieron como débiles pavesas sobre las ráfagas de los desbocados huracanes. Agitaste tu mano vengadora sobre los enemigos de tu pueblo, que parecia vuelto de nuevo á la servidumbre de Egipto. Las espadas se han roto, los trozos de los carros guerreros corren rodando por el torrente, ó yacen esparcidos por

las laderas, los cuerpos de los enemigos, mutilados, descabezados, circundos de sangre, llamando á terribles festines á los cuervos, que aletean y graznan en los campos donde hemos vencido por la misericordia del Señor. Mientras mis labios modulan este cántico, mis piés huellan las entrañas de los vencidos. Dios vino en nuestro auxilio, é hinchó el torrente con su soplo de cólera, y todavía ruedan por sus ondas los cuerpos mutilados. Malditos sean los pueblos que no acudieron á nuestro auxilio. Bendito el guerrero que descolgó sus armas y las esgrimió contra los enemigos de mi pueblo. Bendita la matrona Jahel, bendita en su tienda. Pidióle agua Sisára, y le dió á beber leche en la copa régia. Y la leche caliente le adormeció como si fuera una bebida de beleño. Tendió la mano Jahel hácia la estaca de su tienda, y hácia la maza, asíólas fuertemente, y atravesó la cabeza del enemigo de su pueblo y de su Dios. Dió su último suspiro el miserable, y quedóse exánime á las plantas de la fuerte matrona. La madre de Sisára gemia esperando el regreso de su hijo, y miraba desde su ventana con ojos anhelosos. ¿Por qué tarda en volver el hijo amado de mi corazón? ¿Por qué son tan pesados los piés de sus emisarios? Y una de las mujeres de

Sisára la dijo: Puede ser que ahora cuente el botín, reparta los despojos y tome para sí la virgen más hermosa. Vestidos de todos colores ceñirán sus cuerpos, y lazos recamados de oro ornarán su garganta. Y mientras tal decían, tu enemigo roncaba con el estertor último, y moría bajo las tiendas de tu familia.

ORIEL (*escuchando*).

Estos pueblos derriban á los opresores, y oprimen. Cantan la conclusion de su cautiverio, y cautivan. Derriban á los tiranos, y tiranizan. Volverá para tí, volverá ¡pueblo desnaturalizado é ingrato! un cautiverio tan odioso como el cautiverio de Egipto. Te has libertado de Egipto, y has caído en Mesopotamia; te has libertado de Mesopotamia, y has caído bajo los filisteos; te has libertado de los filisteos, y has caído bajo la mano de los reyes de Asor; has roto la mano de los reyes de Asor, y te ha cogido la garra de los madianitas. Si comprendieras que tú eres tiranizado porque tiranizas, y oprimido porque oprimes, acaso acabara para siempre la série infinita de tus cautiverios.

VIII.

JEPHTÉ.

Pueblo de Israel, no mereces que Dios te haya sacado de la servidumbre de Egipto, y te haya prometido su eterna alianza. Tus labios son por naturaleza blasfemos, y tu corazón por naturaleza es idólatra. La espada de los madianitas ha mordido tus carnes. Y como si fueras estiércol, te ha barrido á las cavernas de las bestias. En vano siembras todos los inviernos tus trigos y esperas al estío las espigas doradas. Los madianitas vienen y te despojan. Trabajas para ellos, como el asno y el esclavo trabajan para su dueño. Volviste los ojos llorosos á Jehová, alzaste á Jehová las manos suplicantes, y Jehová te dijo por boca de sus profetas: «Yo os saqué de manos de los egipcios, y vosotros caisteis en manos de los amorreos.» Y envió uno de sus ángeles en vuestro so-

corro, que fué á sentarse bajo la encina de Ephrá. Y como encontrara á Gedeon escondiendo el trigo para que no cayera en manos de los enemigos, se apenó al oírle en su angustia dudar de que pudieran renovarse las maravillas y los milagros de la salida de Egipto. En rescate de esta duda, Gedeon ofreció cabritos, panes ázimos, debajo de la encina, sobre las peñas, arrojándolo todo á un fuego misterioso, que lo consumió, y lo derritió, y lo elevó en humareda á los cielos. Y Gedeon derribó el templo de Baal, donde luchan abjurando sus padres, cortó el bosque consagrado á las divinidades paganas, y en aquel mismo lugar se sacrificó á Jehová un novillo. Entonces los varones quisieron matarle, y le suscitaron asechanzas. Vinieron á una los madianitas, los amalecitas y los orientales por el valle Jerael, para castigar á Gedeon. Y Gedeon sonó el cuerno de caza para congregar á las tribus, y las tribus fueron en gran golpe y en son de guerra. Pero Dios sólo permitió á Gedeon escoger trescientos guerreros. Y eran los enemigos innumerables cual nubes de langosta; y sus bagajes cual las arenas del desierto. Y fueron vencidos, y cada uno de los israelitas ofreció á Gedeon sus zarcillos de oro, además de las coronas y los mantos de púr-

33210

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1740 1625 MONTERREY, MEXICO

pura que se cayeron de la frente y de los hombros de los príncipes de Madian, y las cadenas de oro que llevaban sus camellos. Y los israelitas volvieron á olvidar á Jehová, y adorar á Baal. Y los hijos de Annum persiguen hoy á los hijos de Israel. ¿Quién salvará á mi pueblo, quién correrá en su auxilio?

ORIEL.

Si es permitido á un esclavo hablar á su amo, tú libertarás á Israel, tú, valeroso hijo de Galaad.

JEPHÉ.

Esclavo, desgraciado como yo, ¿no sabes que Jephé, si es hijo de Galaad, es hijo también de una ramera? ¿No sabes que en la justicia de Israel yo debo pagar el desliz de mi padre, y las flaquezas de mi madre? Y mis hermanos me han arrojado del hogar, porque no me engendró mi padre en mujer legítima; y mis gentes me han dejado venir errante y desterrado á estas regiones de Tob.

ORIEL.

Los hombres son así. En la prosperidad persiguen á los que en la desgracia necesitan. Pero no te importe. Ellos vendrán á tí. Créeme, guerrero. Tú has alzado por estas regiones gentes en armas que te siguen, y has hecho esclavos como yo, que te sirven. Ya verás venir por los límites del horizonte la caravana que te busca, y oirás la voz de tu pueblo que te aclama. ¿Oyes, oyes? Son ellos.

LOS ANCIANOS DE ISRAEL.

Jephé, Jephé, capitán invencible.

JEPHÉ.

Vosotros me habeis vencido. Vosotros habeis castigado mi nacimiento.

LOS ANCIANOS.

Te necesita tu pueblo.

JEPHÉ.

¿Cómo puede necesitar mi pueblo al hijo de una ramera?

LOS ANCIANOS.

Te llama tu familia.

JEPHÉ.

¿Cómo han de ponerme á la cabeza del ejército, cuando me han arrojado hasta del último rincón del hogar, y me han negado hasta la herencia de mi padre?

LOS ANCIANOS.

Los que no te quisieron por brazo de sus faenas, te quieren ahora por cabeza de su gobierno.

ORIEL (*para sí*).

Así es la tierra. Hoy tambien menospreciáis al esclavo. El insecto que aplastan vuestros piés, parece más estimable que este sér vil, cuando aca-

so por su naturaleza y por su origen sea superior á vosotros. ¿Quién sabe si el mundo necesitará mañana del esclavo? Yo he absorbido por todo mi sér, y he derramado en mis venas la esperanza, la virtud de los israelitas.

LOS ANCIANOS.

Jephé, ¿no respondes? ¿Puedes dejar á tu pueblo en la miseria de la servidumbre? ¿Puedes desconocerlo, y ser para él tan funesto como los hijos de Amnon? Jephé, Jephé, Dios te suplica por boca de los ancianos de tu pueblo.

JEPHÉ.

¿Pondreis á vuestro frente al que no quisisteis tolerar á vuestros piés?

LOS ANCIANOS.

Lo pondremos.

JEPHÉ.

Que premie Dios nuestros esfuerzos, que Dios sostenga nuestro brazo.

ORIEL.

Todos tienen alguna alegría ménos el esclavo. Todos, ménos el esclavo, pueden esperar en el mundo algun consuelo. Las mayores desgracias pasan, y no pasan las desgracias del esclavo. Las mayores preocupaciones se desvanecen, y no se desvanecen las preocupaciones contra el esclavo. ¿Cuántas veces saldrá el sol antes de que el mundo comprenda mi pena y su injusticia?

LOS ANCIANOS.

¿Qué aroma se dilata por los aires? ¿Qué música deliciosa suena en nuestros oídos, y transporta nuestro corazón de alegría? Esa voz debe ser la voz de un ángel, según extiende por nuestro ser benéfica y consoladora influencia como el agua que pasa por las fauces del sediento.

JEPHÉ.

Es mi único placer, mi consuelo único; es mi hija, es la hija de Jephé, que canta. Sus manos amasan las tortas que en mi hogar se cuecen. Sobre su cabeza viene el cántaro que apaga nuestra

sed. De sus palabras sale la oración que consagramos al cielo, y de sus cuidados los sacrificios que ofrecemos á Jehová. La palmera del desierto, mecida por la brisa de los mares, no parece tan esbelta como su talle. El cendal que encubre su garganta, y que se mueve á la respiración de su pecho, el turbante de colores que oculta su cabeza, realzan el moreno rostro, de purpúreos labios, de blancos dientes, de rosadas megillas, de espesas cejas, de negros ojos, velados por larguissimas pestañas, de espaciosa frente, desde cuyas sienes se desprenden como las sombras junto á los astros, dos trenzas lustrósimas que van entre sus rodillas á perderse. El aire que agita con su danza, y que llena con sus cánticos, orea mi frente y alivia mis dolores, porque mi hija es hoy mi alegría, y sus hombros serán de mi vejez apoyo, como su oración en mi muerte la única esperanza.

ORIEL (*para sí*).

Si el esclavo pudiera alzar hasta ella los ojos... Cuántas veces, limpiando los camellos ó moliendo el trigo, he oído sus cánticos, y al oírlos he quedado fuera de mí, absorto, y no he sentido ni el

peso de mi dolor, ni el peso de mis cadenas. No mira la estrella á la estrella como yo la miro á ella. No cuida el ave de su nido como cuido yo de su casa. Los manantiales se agotarán, y no mis lágrimas, que corren abundosas, cuando presiento el día en que vendrá su prometido á llevarse-la á otra tienda para que adorne otro lugar. Yo en mi desgracia encontraría un alivio siendo eternamente su esclavo. Mas no puedo, no, decir una palabra. Encierro mi amor tan profundamente como la tierra el oro. No le es dado al esclavo ni amar.

LA HIJA DE JEPHÉ.

Ancianos de Israel, sed bien venidos. La mano de Jehová os guía y sus labios infunden en vuestros labios las sagradas palabras que habeis dicho á mi padre, al fuerte, al guerrero Jephé. Los montes saltan de gozo, los bosques se estremecen de alegría, cuando ven que la espada de Josué y de Gedeon va nuevamente á brillar sobre los hijos de Israel, esgrimida por mano de Jephé. Temblad, príncipes ammonitas, en vuestros altos tronos; temblad, dioses ammonitas, en vuestros espléndidos altares. La cólera del guerrero os de-

vorará, os consumirá, os aniquilará como el fuego al seco heno. Con mis manos he amasado el pan sin levadura y he escogido el corderillo sin mancha para ofrecer holocáustos á Dios, que ha señalado á mi padre, el amado de mi corazón, entre sus predilectos. Ancianos, venid, venid á reposaros en mi tienda. Los odres llenos están de leche, el hogar de tortas, y á su puerta humea un novillo que os repartiré en pedazos, porque sois los enviados de Dios y los huéspedes de mi casa. Yo seguiré á mi padre hasta su tribu. Mientras él combata por Jehová yo oraré de rodillas ante Jehová. Y á su valor y á mis oraciones Jehová dará la victoria.

IX.

LOS GUERREROS DE JEPHÉ.

La hora de la batalla suena. El sol tiene color de sangre. El viento del desierto vibra y parece el resoplido de millares de tigres. Nuestras armas vibran, como hambrientas de matanza. Israel va nuevamente á combatir con los tiranos. Israel va nuevamente á derribar los Faraones. Dios de Israel, no abandones á tu pueblo. La sangre, que corra, corre en tu holocáusto. Las víctimas, que caigan, caen sobre el ara de tus sacrificios. Dádnos, Señor, dá á tu pueblo como en la salida de Egipto, dadle la victoria.

JEPHÉ.

Esclavo, cuenta nuestros enemigos. ¿Los ves allá bajo? ¿Son muchos?

ORIEL.

He perdido la cuenta. Innumerables son sus armas, é innumerables sus camellos. Gritos de rabia salen de sus fuertes gargantas, y relámpagos de rabia fulminan sus airados ojos. Los amonitas han sido siempre un pueblo lleno de ira y de coraje.

JEPHÉ.

Jehová, Jehová, no abandones tu siervo en la hora suprema del combate. Tu pueblo no es digno de tí, porque en su corazon han como de tropel entrado todas las pasiones; y en su memoria se han como nieblas desvanecido todos los recuerdos de tus misericordias. Paréceme, Jehová, que veo tu ceño airado y que oigo el bramido de tu cólera implacable. No trates á tus escogidos segun sus pecados, trátalos segun tu misericordia. Yo estoy dispuesto á mostrarte que reservo para tus altares las más preciadas víctimas, y que te consagro el humo de los mayores holocáustos. Mi corazon flaquea, mis ojos se cierran, tiemblan mis manos y salta el corazon fuertemente en el pecho. Yo te ofrezco un voto que cumpliré sagradamente. Es

la promesa de mi agonía, es el juramento en visperas de un combate que puede ser mi muerte, y la muerte, Señor, de tu pueblo escogido, del pueblo de Israel. Si caen los ammonitas en mis manos, prometo degollar sobre tus aras la primer persona que salga á esperarme á mi puerta, sea, Señor, sea quien fuere.

ORIEL.

Háse empeñado la batalla. Corren las tribus de Israel, como los leones despojados de sus cachorros. Las tribus de los ammonitas defienden sus hogares como defienden las águilas sus nidos. Pero las selvas y las ciudades humean. Los riscos caen como si un terremoto los desgajara. Los torrentes se aumentan por la sangre henchidos. Y el esclavo, en medio de esta catástrofe, sostiene su consigna: guardar sólo, entregado á sus fuerzas, la tienda de su amo. Jephthé, ¿qué voto has hecho? ¿Es tu Dios un Dios cruel y antropófago? ¿No le llaman el Dios de la justicia? ¿No dicen que sostiene y alimenta las avecillas en el aire, los insectillos en el polvo? Irán á ofrecerle víctimas humanas? El primero que salga anheloso por celebrar las victorias, por saludar al héroe, ese mo-

rirá. ¿Dónde, dónde está, israelitas, vuestra justicia? ¡Qué sudor frío me sobrecoge! Cuantas veces Jephthé ha vuelto de alguna expedición á su casa, la primer persona que ha salido á esperarle ha sido su hija... Los ojos se me nublan de sangre, y el corazón se me parte en pedazos. Nadie sabe el culto que yo guardo en mi corazón por esa hermosísima virgen. Si al llegar fuese ella la primera en salir á la puerta... no quiero ni aún imaginarlo. Pero hay un medio. Yo, yo iré á Maphá, yo me instalaré á la puerta, yo seré el primero en recibirle y saludarle, y en vez de inmolar á su hija, inmolaré á su esclavo. Con esto quitaré al corazón de Jephthé un gran dolor y guardaré á la tierra un gran ornamento. ¡Yo la amo tanto! Extasiarme en la contemplación de sus negros ojos y de su moreno rostro; respirar el aire embalsamado por su aliento; oír, siquiera sea de lejos, los latidos de su pecho; amar, aunque no sea amado, amar como en el mundo no se ama, sin esperanza, en la seguridad de que otro ser y no yo, será por su corazón escogido; hé aquí el único triste, pero seguro consuelo de mi existencia. Y tiene tan escasos consuelos el esclavo! Sea yo, pues, el sacrificado. Abandone yo el campamento, olvide la consigna, y vaya derecho al sacrifi-

cio. Dueño del pobre siervo, debía aborrecerte y te amo. Debía maldecir tu progenie y la adoro. Debía guardar el más aguzado hierro para clavarlo en tu corazón, en el corazón de tus hijos, y me ofrezco en holocausto para que tus hijos no perezcan. Huyó, huyó. Que se salve, que se salve ella del implacable voto, y del Dios implacable.

X.

LOS GUERREROS DE JEPHÉ (*en torno de su tienda*).

Jehová oyó nuestra súplica, Jehová misericordioso. Las gentes de Amnon eran muchas, y amenazaban tragarnos. Pero sopló Dios contra ellos su ira, y se dispersaron como las nubes al viento. Ya no tienen ciudades, quemadas por nuestras teas. Ya no tienen ganados, muertos por nuestras cuchillas. Ya no tienen nación, dispersa por nuestras victorias. Ya son esclavos, y sólo esclavos de nuestro poder. Se han renovado las maravillas de la salida de Egipto. Se han cumplido de nuevo los milagros que nos contaran nuestros padres. Gracias sean dadas á Jehová que ha vuelto por su pueblo, y á Jephé que ha sido el brazo de Jehová.

JEPHÉ.

Hemos vencido. Los hijos de Amnon , que estaban á punto de ser nuestros amos, se han convertido en nuestros esclavos. Pero esta victoria, que hemos milagrosamente conseguido, no la debemos á nuestros esfuerzos, la debemos á Jehová. Antes de entrar en batalla le he ofrecido un voto que voy á cumplir implacablemente. Le he ofrecido que si triunfábamos, la primer persona, sea quien fuere, que, al volver, se presente á la puerta de mi casa, sea inmolada.

LOS ANCIANOS DE ISRAEL.

Jepthé, Jepthé, ese es un voto temerario. ¿Has pensado quién podría salir primero á la puerta de tu casa?

JEPHÉ (*palideciendo*).

Dios mio, Dios mio, mi hija. Aparta, Señor, de mí este pensamiento. No puede ser. No debe ser. Sí, saldrá un esclavo, saldrá una esclava. Mi hija, mi hija no saldrá. En el terror que me inspiraba la proximidad del combate, me he olvidado de

ella. Jehová, Jehová, ten compasion de tu siervo.

LOS ANCIANOS DE ISRAEL.

El voto es temerario , pero inviolable. Lo has ofrecido, y no tiene remedio; hay que cumplirlo. Si por la vida de una sola persona se ha salvado un pueblo, es necesario que esa vida desaparezca como ténue nube de humo sobre el ara de Jehová. Así procedieron nuestros padres ; así debemos proceder nosotros. En la santa alianza que hemos pactado con Dios, Él ha cumplido todas sus promesas; cumplamos nosotros todas las nuestras. Los ammonitas han muerto por tu voto ; cúmplase tu voto.

JEPHÉ.

Se cumplirá. La primer persona que en Maphá salga á la puerta de mi casa, creedlo, será inmolada, será ofrecida en sacrificio á Jehová y degollada sobre el ara. Mas que no sea esa persona mi hija.

VARIOS SOLDADOS (*trayendo atado á Oriel*).

Jepthé, tu esclavo habia desertado, y lo hemos cogido camino de Maphá.

JEPHÉ.

¿Has desertado? Ingrato. En mi casa te traté siempre, segun la ley de Dios. Pero ¿cómo has desertado camino de Maphá? Si querias salir de nuestro dominio, debiste tomar, ó el desierto, ó la montaña. Pero el camino de las ciudades de Israel, llenas hoy de tropas. ¡Qué insensato! ¿Por qué, por qué has tomado camino de Maphá?

ORIEL.

Dueño mio, no puedo decirtelo.

JEPHÉ.

Pues yo tampoco puedo evitarte un castigo. Soldados, azotadlo, y luego imponedle la pena más leve que el Código de Moisés reserve al esclavo desertor. Este dia es dia de regocijo. ¿Quién, quién saldrá primero á mi puerta?

XI.

LOS HABITANTES DE MAPHÁ.

Ya viene el gran general. Convirtamos nuestro corazon todo entero en su hogar, y vinculemos su memoria en la conciencia y en la memoria de nuestros hijos. Éramos siervos y Jepthé nos ha redimido. Estábamos desposeidos de nuestras riquezas y Jepthé nos ha en nuestras riquezas reintegrado. A sus manos debemos la reedificacion del templo de Jehová; y á su espada debemos la salud de la pátria. Sólo tiene una hija, virgen como el ampo de la nieve sobre la montaña, y hermosa como la flor cargada de rocío en el alba. La luna de Enero no es tan clara como su rostro, ni la primer estrella de la tarde tan luminosa como el resplandor de sus ojos. Buscaremos para su lecho el mancebo más jóven y más hermoso de todo Israel. La dotaremos con riquísimos presentes.